

ENTREVISTA DE “IL MESSAGGERO” AL PAPA FRANCISCO

Domingo, 29 de junio de 2014

La cita es en Santa Marta, por la tarde. Una rápida comprobación y un guardia suizo me acompaña a una pequeña salita. Seis silloncitos verdes de terciopelo un poco liso, una mesita de madera, un televisor de los antiguos, con mucho fondo. Todo en perfecto orden, el mármol pulido, algún cuadro. Podría ser una sala de aspecto parroquial, una de esas donde se va a pedir consejo, o ha hacer el certificado de matrimonio.

Francisco entra sonriendo: «*¡Por fin! Siempre le leo, pero ahora le conozco*». Me ruborizo. «Yo, en cambio, le conozco y ahora le escucho». Se ríe. Y ríe a gusto, el Papa, como hará otras veces en el curso de una hora, y pasa de la conversación a hablar a pierna suelta. Roma con sus males de metrópolis, la época de los cambios que debilitan la política; la lucha para defender el bien común; la reapropiación de parte de la Iglesia de los temas de la pobreza y del compartir («*Marx no inventó nada*»), el desánimo frente a la degradación de las periferias del alma, el resbaladizo abismo moral donde se abusa de la infancia, se tolera la mendicidad, el trabajo infantil y la explotación de niñas prostitutas que no tienen ni quince años, con clientes que podrían ser sus abuelos. «*Pedófilos*»: el Papa los define así. Francisco habla, explica, se interrumpe, vuelve. Pasión, dulzura, ironía. Un hilo de voz, parece arrullar sus palabras. Las manos acompañan el razonamiento, las une, las separa, parecen dibujar geometrías invisibles en el aire. Está en plena forma, en contra de las voces agoreras sobre su salud.

Es la hora del partido Italia-Uruguay. Santo Padre, ¿a quién apoya?

«A ninguno, de verdad. He prometido a la presidenta de Brasil ser neutral».

¿Comenzamos desde Roma?

«¿Pero no sabe que no la conozco? Piense que la Capilla Sixtina la pude ver por primera vez cuando participé en el cónclave que eligió a Benedicto XVI. Ni siquiera he estado en los museos vaticanos. Lo cierto es que, siendo cardenal, apenas venía a Roma. Sí conozco Santa María Mayor porque siempre iba. Y San Lorenzo Extramuros porque fui una vez a administrar la confirmación. Obviamente, conozco Plaza Navona porque siempre me he alojado en *via della Scrofa*, justo detrás».

¿Hay algo de romano en el argentino Bergoglio?

«Poco o nada. Yo soy más piemontés, que son las raíces de mi familia de origen. Pero estoy comenzando a sentirme romano. Pretendo visitar el territorio, las parroquias. Estoy descubriendo poco a poco la ciudad. Es una metrópolis bellísima, única, con los problemas de las grandes metrópolis. Una pequeña ciudad posee una estructura casi unívoca; una metrópolis, en cambio, comprende siete u ocho ciudades imaginarias, sobrepuestas, a varios niveles. También niveles culturales. Pienso, por ejemplo, en las tribus urbanas de los jóvenes. Así es en todas las metrópolis. En noviembre haremos en Barcelona un congreso dedicado precisamente a la pastoral de las metrópolis. En Argentina se promovieron intercambios con México. Se descubren tantas culturas cruzadas, y no solo por los emigrantes, sino porque se trata de territorios culturales transversales, hechos de pertenencias propias. Ciudad en las ciudades. Y la Iglesia tiene que saber responder también a este fenómeno».

¿Por qué quiso, desde el inicio, subrayar tanto su función de Obispo de Roma?

«El primer servicio de Francisco es ese: ser el Obispo de Roma. Todos los títulos del Papa -Pastor universal, Vicario de Cristo, etc.- los tiene precisamente por ser Obispo de Roma. Eso es lo primero, la consecuencia del primado de Pedro. Si mañana el Papa quisiera ser Obispo de Tivoli está claro que me echarían a la calle».

Hace 40 años, con Pablo VI, el Vicariato promovió un Congreso sobre los males de Roma. Y salió una ciudad donde quien más tenía, poseía lo mejor, y quien tenía poco, lo peor. Hoy, en su opinión, ¿cuáles son los males de esta ciudad?

«Son los de las metrópolis, como Buenos Aires, donde siempre está el que aumenta sus ganancias y el que cada vez es más pobre. No sabía lo del Congreso sobre los males de Roma. Es algo muy romana, y yo tenía entonces 38 años. Dese cuenta de que soy el primer Papa que no ha participado en el Concilio y el primero que ha estudiado teología en el post Concilio y, en aquel tiempo, para nosotros la gran luz era Pablo VI. Para mí, la *Evangelii nuntiandi* sigue siendo un documento pastoral insuperable, hasta ahora».

¿Hay una jerarquía de valores que respetar en la gestión de la cosa pública?

«Por supuesto. Proteger siempre el bien común. Esa es la vocación de cualquier político. Es un concepto amplio que incluye, por ejemplo, la protección de la vida humana y su dignidad. Pablo VI solía decir que la misión de la política es una de las formas más altas de la caridad. Hoy, el problema de la política -no hablo solo de Italia, sino de todos los países, porque el problema es mundial- es que se ha devaluado, arruinada por la corrupción, por el fenómeno de las “comisiones”. Recuerdo un documento que publicaron los obispos franceses hace 15 años. Era una carta pastoral que se titulaba: *Rehabilitar la política*, y afrontaba este tema. Si, en la base, no está el servicio, no se puede ni entender la identidad de la política».

Ha dicho Usted que la corrupción huele a putrefacción. Y que la corrupción social es fruto de un corazón enfermo y no solo de condiciones externas. No habría corrupción sin corazones corruptos. El corrupto no tiene amigos sino idiotas útiles. ¿Nos lo explica mejor?

«Hablé dos días seguidos de ese tema comentando la lectura de la *Viña de Nabot*. Me gusta predicar sobre las lecturas del día. El primer día afronté la fenomenología de la corrupción; y el segundo de cómo acaban los corruptos. En todo caso, el corrupto no tiene amigos, sino solo cómplices».

Según Usted, ¿se habla tanto de corrupción porque los periodistas insisten demasiado, o porque efectivamente se trata de un mal endémico y grave?

«Desgraciadamente es un fenómeno mundial. Hay jefes de estado que están en la cárcel por eso. Lo he meditado mucho, y he llegado a la conclusión de que tantos males crecen sobre todo en los cambios de época. *Estamos viviendo no ya una época de cambios, sino un cambio de época*. Por tanto, se trata de un cambio de cultura; es precisamente en esta fase cuando surgen cosas de ese estilo. El cambio de época alimenta la decadencia moral, no solo en política, sino en la vida económica y social».

Tampoco los cristianos brillan por su ejemplo...

«Es el ambiente que facilita la corrupción. No digo que todos sean corruptos, pero pienso que es difícil ser honrados en política. Hablo de todas partes, no solo de Italia. Pienso también en otros casos. A veces hay gente que quieren hacer las cosas bien, pero se encuentran con dificultades y es como si fuesen fagocitados por un fenómeno endémico, a muchos niveles, transversal. No porque así sea la naturaleza de la política, sino porque, en un cambio de época, la deriva moral es más fuerte».

¿Qué le asusta más, la pobreza moral o la material de una ciudad?

«Me asustan ambas. A un hambriento, por ejemplo, puedo ayudarle a que no pase hambre, pero si ha perdido el trabajo y ya no encuentra ocupación alguna, entonces estamos hablando de otra pobreza. Pierde hasta la dignidad. Quizá puede ir a Caritas y llevarse a casa un paquete de víveres, pero experimenta una pobreza gravísima que arruina su corazón. Un Obispo Auxiliar de Roma me contó que hay personas que van a los comedores sociales y, a escondidas, llenas de vergüenza, se llevan la comida a casa. Su dignidad se va depauperando progresivamente, y viven en un estado de postración».

Por las calles marginales de Roma se ven chicas de apenas 14 años obligadas a prostituirse ante la indiferencia general, mientras que en el centro se ven niños mendigos. ¿Sigue siendo la Iglesia fermento? ¿Se siente impotente como Obispo ante este degrado moral?

«Siento dolor. Siento un enorme dolor. La explotación infantil me hace sufrir. También en Argentina pasa lo mismo. Para algunos trabajos manuales usan a los niños porque tienen las manos más pequeñas. Y también son explotados sexualmente. Una vez me advirtieron que en una calle de Buenos Aires había niñas prostitutas de 12 años. Me informé bien, y efectivamente era así. Me causó mucho daño. Pero mucho peor era ver que se paraban coches de gran cilindrada conducidos por ancianos, que podían ser sus abuelos. Hacían subir a la niña y le pagaban 15 pesos que luego servían para comprar droga. Para mí, son pedófilos las personas que hacen eso a las niñas. Y también pasa en Roma. La Ciudad eterna, que debería ser un faro en el mundo, refleja el degrado moral de la sociedad. Pienso que son problemas que se resuelven con una buena política social».

¿Qué puede hacer la política?

«Responderé de modo neto. Por ejemplo, con servicios sociales que sigan a las familias, acompañándolas a salir de esas situaciones gravosas. El fenómeno indica una deficiencia de servicio social en la sociedad».

Pero la Iglesia está trabajando muchísimo...

«Y tiene que seguir. Hay que ayudar a las familias con dificultades; es una labor perentoria que impone el esfuerzo común».

En Roma, los jóvenes cada vez van menos a misa, no bautizan a sus hijos, no saben ni hacer la señal de la Cruz. ¿Qué estrategia hace falta para invertir esa tendencia?

«La Iglesia debe salir a la calle, buscar a la gente, ir a las casas, visitar las familias, ir a las periferias. No ser una iglesia que solo recibe, sino que ofrece».

Y los párrocos no tienen que poner rulos a las ovejas...

(Se ríe) «Obviamente. Estamos en un momento de misión desde hace una decena de años. Hay que insistir».

¿Le preocupa la cultura de la antinatalidad en Italia?

«Pienso que hay que trabajar más por el bien común de la infancia. Apostar por la familia es un compromiso, a veces no basta una ayuda, no se llega a fin de mes. Se tiene miedo de perder el trabajo o de no poder pagar el alquiler. La política social no ayuda. Italia tiene una tasa bajísima de natalidad, y España igual. Francia va un poco mejor pero también es baja. Es como si Europa se hubiese cansado de ser mamá, y prefiriere ser abuela. Mucho depende de la crisis económica y no solo de una deriva cultural marcada por el egoísmo y el hedonismo. El otro día leí una estadística sobre los criterios de gasto de la población a nivel mundial. Después de la alimentación, ropa y medicinas, tres cosas necesarias, siguen la cosmética y los gastos en mascotas».

¿Cuentan más los animales que los niños?

«Se trata de otro fenómeno de degrado cultural. Esto es porque el trato afectivo con los animales es más fácil, más programable. Un animal no es libre, mientras que tener un hijo es algo complejo».

¿El Evangelio habla más a los pobres o a los ricos, para convertirlos?

«La pobreza está en el centro del Evangelio. No se puede entender el Evangelio sin comprender la pobreza real, teniendo en cuenta que existe también una pobreza bellísima del espíritu: ser pobre ante Dios para que Dios te llene. El Evangelio se dirige indistintamente a pobres y a ricos. Y habla tanto de pobreza como de riqueza. No condena en absoluto a los ricos, en todo caso, a las riquezas cuando éstas se convierten en objetos idolatrados: el dios dinero, el cordero de oro».

Usted parece un Papa comunista, pauperista, populista. *The Economist*, que le dedicó una portada, afirma que habla como Lenin. ¿Se reconoce así?

«Yo solo digo que los comunistas nos han robado la bandera. La bandera de los pobres es cristiana. La pobreza está en el centro del Evangelio. Los pobres están en el centro del Evangelio. Leamos en Mateo 25 sobre qué seremos juzgados: tuve hambre, tuve sed, estuve en la cárcel, estaba enfermo, desnudo. O veamos las Bienaventuranzas, otra bandera. Los comunistas dicen que todo eso es comunista. Sí, cómo no, veinte siglos después. En ese caso, cuando hablan, se les podría decir: pero si sois cristianos» (se ríe).

Si me permite una crítica... «Claro» Quizá hable Usted poco de las mujeres, y cuando las hace afronta el argumento solo desde el punto de vista de la maternidad, de la mujer esposa, de la mujer madre, etc. Pero ahora las mujeres lideran Estados, multinacionales, ejércitos. En la Iglesia, en su opinión, ¿qué puesto ocupan las mujeres?

«Las mujeres son la cosa más hermosa que Dios ha hecho. La Iglesia es mujer. Iglesia es una palabra femenina. No se puede hacer teología sin esa femineidad. De eso, tiene usted razón, no se habla mucho. Estoy de acuerdo en que hay que trabajar más en la teología de la mujer. Lo he dicho y se está trabajando en ese sentido».

¿No asoma una cierta misoginia de fondo?

«El hecho es que la mujer fue hecha de una costilla... (ríe a gusto). Bromeo, es una broma. Estoy de acuerdo en que se debe profundizar más en la cuestión femenina, si no, no se puede entender la Iglesia misma».

Podemos esperar de Usted decisiones históricas, como una mujer al frente de un dicasterio, no digo del clero...

(ríe) «Bueno, muchas veces los curas acaban bajo la autoridad de la sirvienta...».

En agosto irá a Corea. ¿Es la puerta de China? ¿Está Usted apuntando a Asia?

«Iré a Asia dos veces en seis meses. A Corea en agosto para estar con los jóvenes asiáticos. En enero a Sri Lanka y Filipinas. La Iglesia en Asia es una promesa. Corea representa mucho, tiene a sus espaldas una historia bellísima, durante dos siglos no tuvo sacerdotes y el catolicismo se conservó gracias a los laicos. Y ha habido también mártires. En cuanto a China, se trata de un gran reto cultural. Grandísimo. Y tenemos el ejemplo de Matteo Ricci que hizo tanto bien...».

¿A dónde va la Iglesia de Bergoglio?

«Gracias a Dios no tengo ninguna Iglesia; sigo a Cristo. No he fundado nada. Desde el punto de vista del estilo, no he cambiado de cómo era en Buenos Aires. Sí, quizá alguna cosita, porque hay que hacerlo, pero cambiar a mi edad sería ridículo. Sobre el programa, en cambio, sigo el que los cardenales pidieron durante las congregaciones generales antes del cónclave. Voy en esa dirección. El Consejo de los ocho cardenales, un organismo externo, nace de ahí. Había sido pedido para que ayudase a reformar la curia. Cosa nada fácil porque se da un paso, y luego surge la necesidad de hacer esto o lo otro, y si antes había un dicasterio luego se convierten en cuatro. Mis decisiones son el fruto de las reuniones pre-cónclave. No he hecho nada yo solo ».

Una postura democrática...

«Han sido decisiones de los cardenales. No sé si es una postura democrática, yo diría más bien sinodal, aunque la palabra para los cardenales no es apropiada».

¿Qué desea a los romanos en la fiesta de sus Patronos San Pedro y San Pablo?

«Que continúen siendo valientes. Son muy simpáticos. Lo veo en las audiencias y cuando voy a las parroquias. Les deseo que no pierdan la ale-

gría, la esperanza, la confianza a pesar de las dificultades. Hasta el *romanaccio* * es bonito».

Wojtyla aprendió a decir: “volemose bene”, “damose da fa”.

¿Ha aprendido Usted alguna frase en romanesco?

«Por ahora poco. *Campa e fa' campa'*» (naturalmente, se ríe).

* Dialecto de Roma (N. del T.).